

MODULO 1: FE CRISTIANA, MUJER, E IGLESIA

¿Debe tener la mujer una presencia protagónica en la vida y misión de las iglesias? La pregunta parece simple, rutinaria, fuera de lugar o de escasa significación. Pero no es así. Detrás de esta pregunta, para nada casual o accidental, pueden estar prejuicios sociales, culturales, políticos y religiosos instalados en la memoria colectiva de sectores evangélicos para los cuales las mujeres son simple masa de maniobra en las iglesias, útil solo para asuntos secundarios, antes que sujetos con plenos derechos y en pie de igualdad con los hombres. Y, por esa razón, los prejuicios sociales y religiosos, justificados con la Biblia en las manos, se confina a las mujeres a las tareas menos visibles, secundarias, periféricas, dependientes y alejadas de los círculos de poder de las iglesias.

Una mirada panorámica a la realidad de violencia e injusticia en contra de las mujeres y que las invisibiliza oficialmente e incluso estigmatiza, explica porque los prejuicios de diverso tipo y trasfondo dificultan el acceso de las mujeres a las posiciones de liderazgo institucional en los que se toman las decisiones que moldean la vida y misión de las iglesias. No se trata por supuesto de que ellas ocupen estos espacios de poder o ejerzan poder en las iglesias por el simple hecho de ser mujeres, sino porque, además de ser imagen de Dios y coherederas del reino de Dios; tienen capacidades, competencias, saberes y experiencias de igual valor y trascendencia que los hombres.

¿Sera cierto que las mujeres, no tuvieron ningún protagonismo visible, ninguna participación destacada en el movimiento de Jesús y en las primeras comunidades cristianas que se fueron estableciendo en distintos contextos sociales, culturales y religioso del primer siglo? Un significativo porcentaje de pastores y líderes evangélicos diría que en efecto las mujeres no fueron protagonistas visibles en la comunidad de Jesús y en los inicios del cristianismo, y afirmarían además que jamás tuvieron un papel destacado en el avance de la fe cristiana en las distintas realidades geográficas del mundo grecorromano de los primeros siglos. Este punto de vista y otros puntos de vista parecidos que se defienden con la Biblia en las manos, producto de los prejuicios y de la desinformación, exige un examen desprejuiciado e informado, no solo de los documentos bíblicos, sino también del mundo social, religioso, cultural y político en el que emergió el movimiento de Jesús.

Pero exige, además, dismantelar los prejuicios sociales, culturales y teológicos sobre los que se asientan las creencias patriarcales y las prácticas machistas que ningunean, cosifican, desprecian e invisibilizan a la mujer en el seno de las distintas iglesias cristianas, aunque se intente justificar esta realidad utilizando pasajes de la Biblia fuera del contexto del texto bíblico y sin considerar para nada el contexto histórico en el que emergió el cristianismo.

Aunque la situación de la mujer en las iglesias depende en gran parte de la perspectiva teológica de las instituciones religiosas en las ellas participan, sin embargo, un sector significativo del mundo evangélico tiene todavía serios reparos para aceptar que ellas tienen igual capacidad y destreza que los hombres, así como saberes y experiencias que las califican para acceder a los mismos derechos y privilegios que ellos tienen en el seno de las iglesias. Esta realidad de violencia, ninguneo e injusticia en contra de la mujer (aunque un sector de los creyentes diría que no se trata de violencia y menos de una injusticia) puede explicar porque las voces de las mujeres a menudo no son escuchadas ni reportadas, ni en la sociedad

ni en el campo religioso, así como el desinterés y la oposición que se tiene –de parte de los hombres sean o no pastores– para tratarlas como iguales en todas las áreas de la vida y misión de las iglesias.

¿Qué hacer frente a esta lacerante realidad y cómo contrarrestarla? Precisamente ese el desafío que se tiene que encarar cuando se trata este tema debatible, opinable y polémico. Un desafío que demanda una doble contextualización; es decir, situar este problema tanto en el mundo de ayer (el contexto del texto bíblico, su *sitz im leben* o su situación vital) como en el mundo de hoy (el contexto del lector, intérprete, oyente). Se trata, por tanto, de un desafío que exige pensar y dejar pensar, así como comprender el sentido natural del texto bíblico, y comprender asimismo el mundo contemporáneo en todas sus dimensiones y en su complejidad actual.

¿Por qué abordar un tema debatible, opinable y polémico sobre el papel protagónico de las mujeres en las iglesias? Porque, además de ser un tema profundamente bíblico y actual, es necesario reconocer la forma como estas mujeres resisten a pie firme todas las injusticias que buscan doblegarlas y porque coadyuva a desestructurar todas las violencias con las que se intenta –así ha sido a lo largo de la historia– aquietarlas y amordazarlas completamente (¡como si esto fuera posible!), para convertirlas en subordinadas, sumisas, dependientes y meros objetos al servicio de intereses patriarcales y machistas.

Bastaría, eso creo, prestar atención a la presencia de las mujeres galileas en la comunidad de Jesús, cuyo protagonismo como discípulas en pie de igualdad con los discípulos hombres, se subraya en los cuatro Evangelios. Así como las mujeres que aparecen en los relatos de Hechos de los Apóstoles (María la madre de Juan Marcos, Rode, Lidia, Priscila, Dorcas, las hijas de Felipe) y las compañeras de misión de Pablo (Febe, Evodia, Síntique, Trifena, Trifosa, Pérsida, Junias, María, entre otras), para reconocer que las mujeres no fueron completamente invisibilizadas o ausentes en la comunidad cristiana primitiva o en el cristianismo originario. Es todo lo contrario. Ellas fueron protagonistas visibles tanto en la comunidad de Jesús como en el naciente cristianismo del primer siglo y los siglos posteriores.

Las mujeres jamás estuvieron “locas” o fuera de sí, nunca fueron “histéricas” o “alucinadas” y, menos aún, “brujas”, “hechiceras” o “charlatanas”, como se les tildó o acusó para acallar su voz o silenciar su opinión, y desterrarlas así de la historia del pensamiento cristiano y desaparecerlas de la historia de la iglesia. Las mujeres creyentes siempre hablaron, con su voz o con su silencio, con su amor por la vida y la justicia, con su enorme capacidad de resistencia a todas las violencias con las que se intentó opacarlas, estigmatizarlas o invisibilizarlas.

En mi experiencia pastoral y docente de más de cuatro décadas en distintos lugares de la *Patria Grande* he conocido a un número creciente de mujeres que, incluso en estructuras religiosas patriarcales y machistas, siguen las huellas de las bravas discípulas galileas de Jesús, de las compañeras de misión de Pablo y de las mujeres cristianas de los primeros siglos. Estas mujeres corajudas, luchadoras y respondonas; para ser embajadoras de la gracia de Dios, no han necesitado –ni necesitan en realidad– el permiso de los pastores y líderes de las iglesias que, con frecuencia, son reacios a aceptar que las mujeres son también misioneras

que cuentan con la única credencial que se requiere para ser portavoz autorizado de la buena noticia del reino de Dios: La presencia del Espíritu de Vida que cataliza e impulsa la misión. Espíritu de vida, justicia, reconciliación, unidad y paz.

Esta reflexión teológica contextual está dedicada a todas estas mujeres. Intenta ser un homenaje, tal vez tardío, a las mujeres de las iglesias evangélicas populares que, con su palabra y su presencia, tanto en las iglesias de las que forman parte como en los movimientos sociales, están forjando nuevas formas de testimonio cristiano. Las mujeres de estas iglesias, desde abajo, e incluso desde el anonimato, articulan paso a paso una teología de la vida y una misiología de la resistencia, cuyo centro es el Cristo liberador, Señor de todo y de todos. Estas mujeres aguerridas y respondonas saben que su valor y dignidad, no depende de los otros (del juicio y de la opinión de los hombres), sino del Dios de la Vida que con la fuerza de su Espíritu las envía como embajadoras de su gracia transformadora y liberadora dentro y fuera de las iglesias de las que forman parte.